

Arte de lo leve
Juan Manuel Bonet

Francisco Pino, un gran poeta castellano que ha escrito cosas muy atinadas sobre Águeda de la Pisa, tiene un título de 1969 que siempre me ha atraído como un imán: *Invisibilidad de Castilla*. Pino en su pinar, rodeado de sus libros, un poeta al que tanto ella como yo hemos tratado, ella más que yo, un poeta de vanguardia, un poeta que supo decir Castilla, un poeta post-guilleniano que llegó al blanco total, y a esos libros tan abstractos que ni siquiera los dedicaba con palabras, sino que trazaba temblorosamente, en lugar de la dedicatoria, figuras geométricas... Unidos por lo demás Águeda de la Pisa y Francisco Pino, por el Premio Castilla y León, él de Literatura, en 1989, ella de las Artes, en 2015.

La capacidad de Águeda de la Pisa para recrear en la memoria sus vivencias del mundo en torno ya me llamaba la atención en 1992, tal como lo reflejé en mi prólogo a su individual en Albatros, galería madrileña de la calle Serrano, ya desaparecida, y que hizo una buena labor. La suya sin embargo, no era en aquella época pintura que pudiera adscribirse a la figuración bajo ninguna de sus formas, sino pintura abstracta. Pero el mundo en torno no dejaba de estar presente en ella: un sentimiento difuso de la llanura, del *declinado estío*, del *resplandor último*, por citar títulos de cuadros suyos de aquel entonces. Pintura a la vez constructiva, y lírica. Pintura-pintura, sin adjetivos. Incluso un figurativo como Juan Manuel Díaz-Caneja (otro inolvidable amigo común, y otro Premio Castilla y León de las Artes) insistía en que él no era un paisajista de esos que plantan su caballete "sur le motif". En 2005, cuando para la fundación palentina del pintor organicé una muestra sobre Caneja, sobre sus contemporáneos, sus amigos, y sus no ya discípulos, que no los tuvo *sensu stricto*, sino afines, miembros de su *estela*, incluí obra de su paisana. Unida también, ahora, al cabo del tiempo, con él, con su memoria, gracias a esta muestra en su aludida Fundación, para cuyo catálogo escribo estas líneas.

Sin dejar de lado, ¡cómo iba a poder hacerlo!, la práctica de la pintura, estos últimos años Águeda de la Pisa le ha dedicado tiempo, desvelos, a la creación de obras en las que se vale de la técnica de la fotografía digital. Esta muestra palentina se centra en ese tipo de obras. A la postre, pintura, con otros medios.

Repasando publicaciones tuyas anteriores, caigo en la cuenta de que ya en 2006, en las páginas finales del catálogo de su individual De olas y auroras, celebrada en la Fundación Antonio Pérez, de Cuenca, Águeda de la Pisa había deslizado unas instantáneas, tomadas desde su domicilio de entonces, próximo a Colón, en las que comparecía, a diversas horas del día, el *skyline* madrileño, con sus torres y sus rascacielos de firma (uno de ellos,

convertido en espejo, en pura brasa del atardecer), sus iglesias neo, su Pirulí, sus tejados con sus chimeneas y sus antenas, sus azoteas, sus grúas, sus logos bancarios...

Fotografías como aquellas, entonces mero documento, constituyen la digamos "materia prima" de la obra (una vuelta de tuerca más) que integró su muestra *Cielo habitado*, celebrada aquel mismo año 2006 en el Museo del Grabado Español Contemporáneo, de Marbella. De nuevo el *skyline*, las torres y rascacielos, las iglesias neo, el Pirulí, los tejados con sus chimeneas y sus antenas, las azoteas, las grúas, los logos bancarios... todo ello trabajado en clave de fotomontaje y de visión simultaneísta, componiendo una laberíntica galería de espejos, con simetrías especulares, con superposiciones y virados, y sobre todo ello, deslizándose como nubes que pasan, una sutil trama geométrica de líneas horizontales, como si de papel pautado, ¿para escribir qué música?, se tratara. Algunas de las obras que se verán ahora en Palencia, en las que la arquitectura y el cielo de Madrid son de nuevo los grandes protagonistas, son directas herederas de aquellas, constituyendo un nuevo desarrollo de ese ciclo de los *cielos habitados*, parte del cual fue enseñado, además, en 2009, en la galería vallisoletana La Maleta.

Madrid sigue siendo la fuente de inspiración de Águeda de la Pisa, en esta nueva remesa de obras de base fotográfica que presenta en Palencia, en la Caneja. No un Madrid monumental, no un Madrid de construcciones en el aire como las que acabo de intentar describir, sino un Madrid reducido a lo esencial, de instantes como congelados: sosos edificios contemporáneos y administrativos que acorralan un árbol sin ramas designado en el título como *árbol-espía*, automóviles reducidos a pura fantasmagoría, cristalerías convertidas en espacios con algo de piranesianos, lo que se contempla por una ventana, cielos vagamente coloreados por el alba o por el crepúsculo, la sombra pasajera de un *árbol de aire* sobre la pared o sobre el suelo, motivos vegetales interrogados una y otra vez como si se tratara de delicados encajes de colores no menos delicados... Obras que en más de un caso parecen remitir, aunque su lenguaje sea completamente contemporáneo (incluyendo en más de un caso la fecha en números digitales), a una tradición pictórica tan española como la de los bodegones y floreros.

Hablar, a propósito de lo que ahora va a poder contemplarse en Palencia, de *fotografía abstracta* sería excesivo, en el sentido de que la pintora, en sus últimas obras, nos coloca, insisto, ante fragmentos de la realidad: arquitecturas, automóviles, cielos, plantas, árboles frondosos o por el contrario secos, horas del día, sombras pasajeras... Realidades todas ellas concretas, tangibles, reconocibles. Y sin embargo, pese a esos digamos *pretextos* figurativos, el propósito no deja de ser de búsqueda de la abstracción. Y recordamos entonces los manuales de nuestra juventud, y cómo en ellos los historiadores del arte

explicaban de manera muy gráfica que lo que hacían Kandinsky o Mondrian, en sus inicios, era abstraer, a partir de lo real: de un paisaje bucólico, de un árbol, de la torre de una iglesia, del mar y sus olas...

Abro un poco al azar un catálogo ya antiguo de Águeda de la Pisa, el de su primera individual parisiense, celebrada en 1990, en una galería del Boulevard Saint-Germain también desaparecida (¡cuánta elegía!) y que muchísimo hizo por nuestro arte, la de Lina Davidov. Lo prologa Severo Sarduy, buen amigo de las dos. Me fijó en estas palabras: "Lo pasajero, lo efímero, la imagen de un objeto que pasa ingrávido, quemante"... No practicaba entonces la pintora más que el arte de los pinceles, sin cámara alguna de por medio, y sin embargo el autor de *Cobra* o de *Barroco*, gran *connaisseur* del universo. del arte de todos los siglos, y tan dotado para traducirlo a palabras (él mismo en sus últimos años cultivó la pintura), curiosamente, unas líneas después, hace alusión al arte de la cámara: "Son, en definitiva, como fotos desdibujadas de un pasado litoral, recuerdos de una estancia insular", y así sucesivamente.

Lo pasajero, lo ingrávido, lo efímero, ese arte de la cámara ya presente en ese texto sarduyesco, que releído ahora cobra valor de profecía... Lo pasajero, lo ingrávido, lo efímero: más fáciles de traducir a palabra poética, que a cuadros. Los poetas trabajan con esos materiales leves. También la fotografía es arte de lo leve, y por eso se entienden tan bien entre sí poetas y fotógrafos. La ciudad es uno de los temas predilectos de ese arte, desde su nacimiento mismo. París o Nueva York o Venecia o Praga cuentan con poetas de la cámara, alguno de ellos tan simultaneísmo como lo es ella en el ciclo *Cielo habitado* y en lo que ha venido después. Madrid no ha tenido tantos a su servicio como esas urbes, pero tampoco le han faltado, empezando por Juan Laurent y Charles Clifford, los pioneros absolutos, y llegando hasta hoy mismo, pasando por el Alfonso de los nocturnos *forties*, o por Paco Gómez y el resto de los realistas de la generación del cincuenta. A esa familia se incorporó hace unos años la pintora abstracta, entre constructiva y lírica, Águeda de la Pisa, que ahora enseña en su ciudad natal alguna de estas sus últimas visiones o entre visiones fotográficas madrileñas, en el fondo tan pictóricas (pero de otra manera) como sus lienzos, y tan puras y hermosas como unos versos de Pino o un lienzo de Caneja.

The Art of the Subtle
Juan Manuel Bonet

Francisco Pino, a great Castilian poet who has written some very insightful things about Águeda de la Pisa, has a 1969 work that has always drawn me in like a magnet: *Invisibility of Castile*. Pino in his pine grove, surrounded by his books, a poet whom both she and I have known—she more so than I—an avant-garde poet, a poet who knew how to speak of Castile, a post-Guillénian poet who reached total blankness, and those books so abstract that he didn't even dedicate them with words, but instead, in place of the dedication, tremblingly sketched geometric figures... Águeda de la Pisa and Francisco Pino are also united by the Castilla y León Prize—he in Literature in 1989, she in the Arts in 2015.

Águeda de la Pisa's ability to recreate in her memory her experiences of the world around her had already caught my attention in 1992, as I noted in my foreword to her solo exhibition at Albatros, a now-defunct Madrid gallery on Serrano Street that did excellent work. Her work, however, was not at that time painting that could be classified as figurative in any of its forms, but rather abstract painting. Yet the world around her remained ever-present in her work: a diffuse sense of the plain, of the waning summer, of the final glow—to cite titles of her paintings from that time. Painting that was at once constructive and lyrical. Painting-painting, without adjectives. Even a figurative artist like Juan Manuel Díaz-Caneja (another unforgettable mutual friend, and another recipient of the Castilla y León Prize for the Arts) insisted that he was not one of those landscape painters who set up their easel "sur le motif." In 2005, when I organized an exhibition at the painter's foundation in Palencia on Caneja, on his contemporaries, his friends, and those who were no longer his disciples—for he had none in the strict sense, but rather kindred spirits, members of his circle—I included work by his fellow Palentine. Now, with the passage of time, I am also linked to him, to his memory, thanks to this exhibition at his aforementioned Foundation, for whose catalog I am writing these lines.

Without neglecting—how could she possibly do so!—her practice of painting, Águeda de la Pisa has devoted her time and energy in recent years to creating works that make use of digital photography. This exhibition in Palencia focuses on that type of work. Ultimately, it is painting, but using other media.

Looking back at her previous publications, I realize that as early as 2006, in the final pages of the catalog for her solo exhibition **De olas y auroras**, held at the Antonio Pérez Foundation in Cuenca, Águeda de la Pisa had included a few snapshots, taken from her home at the time, near Colón, in which the the Madrid skyline, with its signature towers and skyscrapers (one of them, turned into a mirror, a pure blaze of sunset), its neo-Gothic

churches, its Pirulí, its rooftops with their chimneys and antennas, its rooftop terraces, its cranes, its bank logos...

Photographs like those—which at the time were merely documentary—constitute, so to speak, the “raw material” of the work (taking it a step further) that was part of his exhibition *Cielo Habitado* (Inhabited Sky), held that same year, 2006, at the Museum of Contemporary Spanish Printmaking in Marbella. Once again, the skyline, the towers and skyscrapers, the neo-Gothic churches, the Pirulí, the rooftops with their chimneys and antennas, the rooftop terraces, the cranes, the bank logos... all rendered through photomontage and a simultaneist vision, composing a labyrinthine hall of mirrors, with mirror-like symmetries, overlays, and inversions, and above it all, gliding like passing clouds, a subtle geometric pattern of horizontal lines, as if on ruled paper—but to write what music? Some of the works now on view in Palencia, in which Madrid’s architecture and sky are once again the main protagonists, are direct heirs to those earlier pieces, constituting a new development in that cycle of inhabited skies, part of which was also exhibited in 2009 at the Valladolid gallery La Maleta.

Madrid remains Águeda de la Pisa’s source of inspiration in this new collection of photography-based works she is presenting in Palencia, at La Caneja. Not a monumental Madrid, not a Madrid of structures suspended in mid-air like the ones I have just tried to describe, but a Madrid reduced to the essentials, of moments as if frozen: bland contemporary and administrative buildings that encircle a branchless tree designated in the title as a “spy tree,” cars reduced to pure phantasmagoria, windows transformed into spaces with a Piranesian quality, what is seen through a window, skies vaguely colored by dawn or twilight, the fleeting shadow of an airy tree on the wall or on the ground, plant motifs examined again and again as if they were delicate lace made of no less delicate colors... Works that in more than one instance seem to refer, even though their language is entirely contemporary (including, in more than one instance, the date in digital numbers), to a pictorial tradition as distinctly Spanish as that of still lifes and vases.

To speak of “abstract photography” in reference to what is now on display in Palencia would be an overstatement, in the sense that the artist, in her latest works, presents us—and I emphasize this—with fragments of reality: architecture, cars, skies, plants, lush or, conversely, withered trees, times of day, fleeting shadows... All of these are concrete, tangible, recognizable realities. And yet, despite these, shall we say, figurative pretexts, the aim remains a quest for abstraction. And so we recall the textbooks of our youth, and how in them art historians explained very vividly that what Kandinsky or Mondrian did, in their early days, was to abstract from the real: from a bucolic landscape, a tree, a church tower, the

sea and its waves...

I open, somewhat at random, an old catalog by Águeda de la Pisa—the one from her first solo exhibition in Paris, held in 1990 at a gallery on Boulevard Saint-Germain that has since disappeared (what a lament!) and which did so much for our art: Lina Davidov's gallery. The foreword is by Severo Sarduy, a good friend of both of them. I notice these words: "The fleeting, the ephemeral, the image of an object passing weightlessly, burning..." At that time, the painter practiced nothing but the art of the brush, with no camera involved, and yet the author of *Cobra* or *Baroque*, a great connoisseur of the universe of the art of all centuries, and so gifted at translating it into words (he himself took up painting in his later years), curiously, a few lines later, alludes to the art of the camera: "They are, in short, like blurred photos of a coastal past, memories of a stay on an island," and so on.

The fleeting, the weightless, the ephemeral—that art of the camera already present in that text by Sarduy, which, when reread now, takes on a prophetic quality... The fleeting, the weightless, the ephemeral: easier to translate into poetic language than into images. Poets work with these light materials. Photography, too, is the art of the light, and that is why poets and photographers understand each other so well. The city has been one of the favorite subjects of this art since its very inception. Paris, New York, Venice, and Prague have all had their own poets of the camera, some of them as much a part of simultaneism as the city itself is in the cycle *Cielo Habitado* and what has followed. Madrid has not had as many at its service as those cities, but it has not lacked them either, starting with Juan Laurent and Charles Clifford, the absolute pioneers, and continuing to the present day, including Alfonso with his 1940s nightscapes, or Paco Gómez and the rest of the realists of the 1950s generation. A few years ago, the abstract painter Águeda de la Pisa—whose work lies somewhere between the constructive and the lyrical—joined that family; she now exhibits in her hometown some of her latest visions, or rather, photographic visions of Madrid, which are ultimately as pictorial (though in a different way) as her canvases, and as pure and beautiful as a verse by Pino or a painting by Caneja.